



UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA
Biblioteca Universitaria



UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA
Vicerrectorado de Cultura y Sociedad

El hombre que olvidó

Miguel Álvarez Navarro



SEGUNDO PREMIO 2019

El hombre que olvidó

Miguel Álvarez Navarro

EL HOMBRE QUE OLVIDÓ SU NOMBRE

Solveig Gunbjørg Jacobsen

Nunca dediqué ni un minuto a pararme a pensar en la vorágine de favores en la que me había metido. Y si lo hubiera hecho, nunca habría acabado así. Lo podemos visualizar de la siguiente manera: En un ecosistema, varios organismos se organizan con relaciones de interdependencia conformando un mismo hábitat. Claro está, que cada organismo debe asumir su rol, pero ninguno se plantea la posibilidad de no hacerlo porque resulta que está implícito en su naturaleza. Mi ecosistema era la universidad y mi rol conseguir lo que nadie conseguía. Recibía todo tipo de peticiones: Conseguir exámenes, trabajos, pisos a estudiantes que venían de afuera... Y no estoy hablando de mi clase, sino de toda la comunidad universitaria. A cambio yo recibía dinero o cosas que me interesaran (lo que convertiría mi interacción con los demás individuos del ecosistema universitario en una simbiosis). Pero en realidad yo no lo hacía por eso, sino por la satisfacción que me daba sentirme útil (lo que convierte mi interacción con los demás individuos del ecosistema en una protooperación). Dicho de otro modo: ellos me necesitan a mí, pero yo a ellos no.

Durante todo este tiempo Ana había sido mi socia, por llamarlo de alguna manera. Pero por razones que no quiero contar se fue todo a la mierda. Las últimas palabras que me dijo fueron:

—No he conocido persona más hija de puta, fría y calculadora que tú en mi vida —tengo que reconocer que dos de las tres cosas que me llamó eran ciertas. Decidí parar, retirarme, pasar a un segundo plano, pero no era fácil.

Esa misma semana tres alumnos de economía me pidieron que si podía conseguir el examen de matemáticas financieras que iban a tener en dos semanas. Pensé que no estaría mal que la gente me dejara en paz de una puñetera vez y les dije que ya no conseguía cosas, pero me insistieron mucho dada la importancia y dificultad del examen. De modo que acepté su oferta. Realmente no tenía ni idea de cómo iba a conseguirles el examen, ya que era Ana la que solía encargarse de esas cosas. Era la hora de volver a casa y en el aparcamiento noté que alguien me silbaba. Lo escuché, pero lo ignoré porque odio que me traten como si fuera un animal. La persona que silbaba insistió:

—¡Eh, oye! —Me giré y vi a la persona que me llamaba. Era Isabela, una señora del servicio de limpieza— hola, soy Isabela —dijo ella.

—Sí, sé quién eres —le interrumpo.

—Me han dicho que consigues cosas. Yo... quería pedirte algo —se le notaba nerviosa, como si no estuviera muy segura de querer hablar conmigo. Quizás no era la mejor semana para dejarlo. Yo ya iba a decirle que ya no hacía más “favores”, pero de repente se me ocurrió una idea. Aceptar su petición a cambio de que me consiguiera el examen de los alumnos de economía. Yo sabía que ella tenía las llaves del edificio de los despachos de profesores, así que podía darle las indicaciones para que me lo trajera. Era un plan perfecto.

—De acuerdo, pero yo también quiero pedirte algo a cambio —dije yo.

—¿El qué? —Preguntó.

—Necesito que consigas un documento del edificio de los despachos —yo cogí un papel y empecé a escribir en él cuándo tenía que ir, el despacho que era y el examen que tenía que sacar del ordenador.

—Vale, si quieres puedes pasarte mañana por mi casa a buscarlo y así no esperas hasta el lunes.

—Perfecto. ¿Y qué puedo hacer yo por ti? —Isabela metió la mano en su bolso y sacó la cartera. De la cartera sacó una foto y me la dio. Yo no entendía nada, solo la miraba esperando que me aclarara algo.

—Quiero que encuentres a mi hijo. Por favor, te lo pido —dijo con desesperación. Su petición me dejó en blanco. Resulta que Isabela tenía fama en la universidad de estar medio majareta porque su hijo había fallecido hacía ya nueve años, pero ella le hablaba a la gente como si su hijo siguiera vivo. No quería aprovecharme de una persona chiflada, pero por otra parte necesitaba el examen. Dentro de mí surgió un conflicto. Desde luego que no iba a contestarle que su hijo ya había fallecido, porque es lo que le ha dicho todo el mundo durante nueve años y decírselo no iba a cambiar nada. Aparte de que no quería entrar en una discusión con una persona que ha perdido completamente el juicio. Así que finalmente acepté el trato, pero le advertí de que encontrarlo iba a ser casi imposible.

—Trataré de encontrarlo, pero me temo que es prácticamente imposible —a ella le cambió la cara. Me sonrió, vi la esperanza en ella. En cambio, yo por dentro ya me estaba arrepintiéndome.

—Llévate la foto. Su nombre es Andrés de Jorge Valdés. Te lo agradezco muchísimo. Estoy segura de que Dios te va a ayudar. Te va a acompañar —justo el tipo de motivación que quiere escuchar una persona atea como yo. Nos despedimos y me fui a casa.

Ya había anochecido cuando llegué. Entré y saludé, pero nadie contestó. Pasé al salón y en el sofá estaba la perra de mi hermana. Fifi, un cocker adorable. Me senté a acariciarla. La pobre había pasado toda la tarde sola. Me puse a pensar en lo del hijo de Isabela y cogí el ordenador portátil para buscar información sobre su fallecimiento. Encontré noticias de su muerte en varios periódicos locales. Por lo visto, Andrés volvía a Las Palmas después de recoger fruta en Mogán. Esas carreteras tienen unas curvas bastante peligrosas porque no tienen apenas visibilidad y están hechas sobre riscos de mucha altura que bordean el mar. Al doblar una de esas curvas Andrés se encontró de frente con una guagua que le achicó el espacio. Entonces, para evitar el choque con la guagua, Andrés giró el volante hacia la derecha con tan mala suerte de que se despeñó por el risco, cayendo con el coche al agua desde una altura de 64 metros. Las condiciones del mar habían hecho una odisea la búsqueda de su cuerpo, que fue encontrado a los cuatro días del accidente. “Qué mala suerte”, pensé mientras miraba a Fifi rascarse la oreja. Todos los periódicos tenían un relato similar, pero ninguno de ellos estaba firmado, salvo uno del diario “8 islas” escrito por un tal Fernando Ruiz. Pensé que a lo mejor él podía darme más información acerca del suceso. Por suerte encontré su correo por internet y le escribí, aunque sin mucha esperanza de recibir respuesta: “Hola, Fernando. He leído una noticia tuya en la web del diario y quería conocer información sobre ella. Se trata del accidente de Andrés de Jorge Valdés. Espero que puedas ayudarme. Gracias y un saludo”. No pasaron ni diez minutos y en mi bandeja de entrada ya había aparecido la respuesta: “Ven a la redacción mañana a las 11 de la noche. Un saludo”. Me pareció muy extraño que me citara tan tarde. ¿Quién demonios trabaja a las 11 de la noche?

El día siguiente iba a ser bastante largo. Por la mañana fui a casa de Isabela a buscar el examen de cálculo de tercero. Toqué el timbre, pero nadie contestaba. Ya estaba apunto de irme cuando Isabela abrió la puerta. La saludé y pasamos adentro. Lo primero que me llamó la atención fue lo sucia y desordenada que estaba la casa.

—En casa del herrero cuchara de palo —susurré para mí.

—¿Qué? —Dijo Isabela al oírme murmurar.

—Nada, nada.

En el salón, sentado en un sillón, estaba el marido de Isabela. Me acerqué a él y le saludé. El hombre perdía su mirada en el infinito, fijamente, callado, como si estuviera viendo algo dentro de esas cuatro

paredes que no podía ver yo. La tele estaba encendida, aunque ni siquiera miraba hacia ella. Tampoco se inmutó lo más mínimo cuando le saludé, como si no existiera. Yo me quedé pensando en lo que estaría pasando por la cabeza de ese hombre. ¿Qué le habría pasado para estar así? Entonces Isabela se acercó a mí y me entregó el examen que yo le había pedido.

—Aquí está lo que me pediste.

—Gracias —contesté yo e inmediatamente después se produjo un silencio muy incómodo que terminó Isabela:

—Oye... ¿Crees que encontrarás a mi hijo? —Ya sabía yo que el tema iba a salir.

—No lo sé... Es muy complicado —expliqué yo, tratando de apagar ese fuego.

En medio de la conversación me fijé que en el mueble del salón había una urna con el nombre de Andrés. Unas cuantas fotos acompañaban la urna. No hace falta ser una persona muy inteligente para saber que eran las cenizas del hijo de Isabela. Definitivamente esa señora había perdido la cabeza. Salí de esa casa de locos dándole vueltas al por qué una persona sabiendo que su hijo ha fallecido y teniendo sus propias cenizas en una urna en su salón, era capaz de negar toda la realidad y vivir una paranoia. Esa señora debería estar en un psiquiatra y nadie se preocupó por llevarla.

Por la noche fui a la redacción del periódico. Cuando llegué vi que las luces estaban encendidas, aunque parecía que no había nadie dentro. Había un hombre en la puerta de unos cincuenta y tantos años fumando. Tenía el pelo blanco. Su apariencia me resultaba familiar porque me recordaba a mi abuelo. Le pregunté por Fernando. Me dijo que era él y me invitó a pasar a su despacho. Le conté que Isabela me había pedido que encontrara a su hijo y toda esa locura, y que yo solo quería saber algunos detalles de la muerte de Andrés que pudieran explicar como Isabela llegó a perder la cabeza pensando que sigue vivo mientras tiene las cenizas en el mismo salón de su casa.

—¿Cenizas? —Dijo Fernando mientras se encendía otro cigarro—. Déjame contarte una cosa.

Cuando Andrés cayó al agua los equipos de salvamento salieron en su búsqueda. Yo mismo estuve ahí cubriendo la noticia para redactarla en el periódico. Te puedo asegurar que al tercer día el operativo de búsqueda concluyó y no se rescató ningún cuerpo del agua.

—Pero... ¿Y entonces las cenizas que tiene en su casa? —Pregunté yo.

—En aquella época el gobierno no tenía medios económicos y materiales suficientes para afrontar la búsqueda, lo que suponía un absoluto fracaso de gestión. Era un momento de mucha agitación social

y algunos políticos querían evitar que eso fuera la gota que colmara el vaso. Entonces decidieron publicar que habían encontrado el cuerpo de Andrés sin vida y convencieron a la familia de que no vieran su cuerpo para evitar traumas.

—¿Y entonces a quién pertenecen las cenizas que hay en la casa de Isabela? —Dije yo, que no era capaz de dar crédito a la historia que Fernando me contaba.

—Conozco a personas que dicen que son de una mujer que vivía en la calle. Como no había nadie que se hiciera cargo de su cuerpo cuando falleció decidieron incinerarla. Es posible que sean de ella.

—¿Y por qué no lo denunciaste?

—Hubo un grupo de personas que me amenazaron a mí y a mi familia. Ponte en mí lugar, ¿Qué habrías hecho tú? —Explicó Fernando con impotencia.

—Qué hijos de puta...

La conversación se prolongó hasta altas horas de la madrugada. Cada dato que me daba Fernando me hacía volar la cabeza. Esa gente, sin un ápice de escrúpulos, era capaz de cualquier cosa por mantener sus intereses. La historia era completamente surrealista. Aquella noche no pude pegar ojo pensando que quizás lo más justo era decirle a Isabela la verdad sobre lo que sucedió. A medida que iba conociendo la verdad iba siendo más consciente de lo injusto que había sido su vida en los últimos 9 años, llena de tantas mentiras, con toda esa gente tratándola como una loca. Entre ellos su marido, que también creyó en todas esas mentiras. Se quedó sola.

Cuando me desperté al día siguiente miré el móvil y vi que tenía muchas llamadas perdidas de Fernando. Y un mensaje que ponía: "Ven a la redacción tan pronto como puedas". Inmediatamente pensé que algo había pasado después de yo haberme ido. Así que me vestí, salí de mi casa y fui a la redacción. Eran las 9 de la mañana del domingo, había un poco de movimiento en la redacción. La pobre gente desgraciada que trabaja los domingos. Entré y caminé hacia el despacho de Fernando, notando cómo la gente me miraba desde sus puestos de trabajo provocando mi incomodidad. Lo normal cuando ves una cara desconocida entre muchas conocidas, supongo.

—Cierra la puerta, por favor —me dijo Fernando al entrar en su despacho—. Escúchame, sé que lo que te voy a contar ahora puede parecerte absurdo —yo le miraba atentamente, esperando a que arrancara de una vez a decirme lo que tuviera que decirme—. Ayer, cuando te fuiste, me puse a buscar en la hemeroteca artículos de la semana en la que Andrés tuvo el accidente. Encontré un artículo

titulado “*El hombre que olvidó su nombre*”. El artículo cuenta la historia de un chico que fue encontrado moribundo en una playa de la isla de El Hierro por unos pescadores locales tres días después del accidente de Andrés. Los pescadores lo atendieron y trataron de identificarle. En El Hierro casi todos sus habitantes se conocen, por lo que los pescadores sabían que él no era de ahí. Lo más sorprendente de todo esto fue que el chico había olvidado absolutamente todo, ni siquiera recordaba su nombre. La única cosa que sabía era cómo había llegado hasta ahí.

—¿Y cómo llegó? —Pregunté yo.

—Lo que contó fue que una manada de yubartas lo llevaron hasta la orilla —contestó Fernando.

—¿Yubartas? ¿Qué son yubartas?

—Ballenas jorobadas —aclaró.

—Pero... eso es imposible.

—Yo diría improbable. Lo cierto es que nadie lo vio llegar a la playa. Además ¿Para qué iba a mentir una persona que no recuerda ni su nombre? —Nos quedamos los dos en silencio. Yo ya me había dado cuenta de que había una idea implícita en toda esa historia—. ¿Y si es él? ¿Y si es Andrés? —Me dijo Fernando.

—Pues enseñémosle su foto a Isabela —aporté yo.

—En el artículo no había ninguna foto.

—¿Entonces cómo vamos a encontrarle? No sabemos nada de él. Ni siquiera cómo se llama.

—En realidad, sí. Como no tenía nombre los pescadores lo llamaron Amarco.

—¿Marcos?

—No. A-mar-co —me corrigió Fernando.

—¿Qué clase de nombre es ese? —Pregunté yo

—¿Alguna vez has escuchado la leyenda de Amarca?

—No.

—Es una leyenda guanche. Cuenta la historia de una mujer llamada Amarca, que era la más bella del menceyato. Un pastor muy querido por el pueblo, llamado Gariaiga, se enamora de ella, pero ella lo desprecia y se burla de él por ser un simple pastor. Al no conseguir el amor de Amarca, Gariaiga, desesperado, se tira por un barranco. El pueblo recriminó a Amarca el desprecio que tuvo hacia él y ella se hundió tanto en la tristeza que una mañana decide arrojararse a las olas del mar hasta desaparecer.

—Entiendo... ¿Entonces los pescadores le llamaron Amarco porque él había desaparecido en el mar?

—Así es. Creo que deberíamos hablar con Isabela.

—Ya, pero... ¿Y si no es él? La destrozaríamos.

—Lo sé —respondió Fernando.

Así que eso hicimos. Hablamos con Isabela y le contamos toda la historia de Amarco y, sobre todo, le advertí de que no teníamos ninguna evidencia de que fuera él Andrés. Le propuse que nos acompañara a El Hierro a buscarlo. Ella no lo dudó y aceptó mi propuesta. Quizás el no tener nada que perder le hizo más fácil la decisión. Sinceramente, yo no tenía prácticamente ninguna fe en todo esto. Más bien me dejaba llevar por las sospechas de Fernando y las ansias de Isabela.

Un par de días después cogimos un avión hacia la isla de El Hierro. No llevábamos apenas equipaje. Entre los nervios y la ansiedad de ellos ya teníamos peso suficiente. Yo intentaba mantener la calma, aunque no era fácil. Por una parte, sentía la responsabilidad de lo que estábamos haciendo y por otra trataba de convencerme de que no era momento de arrepentirse de nada.

Llegamos con hambre porque solo habíamos desayunado una chocolatina y el vaso de agua que te sirven en el avión. Encontramos una arepería y entramos a comprar arepas para el camino. Fernando aprovechó la situación para preguntar a la mujer que nos atendió si conocía a Amarco. Afortunadamente sabía de quién hablábamos. Normal, no hay mucha gente que salga un día del agua gracias a unas ballenas. Nos dijo que cosía las redes de los pescadores en la playa de El Verodal. Le preguntó cómo llegar y nos señaló que era fácil de encontrar porque la playa tenía la arena roja. Y realmente era así. Desde la carretera se podía intuir, bajo una costa escarpada de coladas volcánicas, una alfombra roja por la que no caminaban estrellas de cine, sino bandadas de extrañas aves marinas. Aparcamos y salimos del coche. Íbamos bajando hacia la playa cuando de repente Isabela grita:

—¡Es él! —Y echó a correr, bajando por escaleras de roca volcánica. Fernando y yo salimos tras ella, aunque no éramos capaces de seguirle el ritmo. En la playa, bajo un pequeño refugio techado con hojas de palmeras secas y troncos de agave, estaba él. Tenía piel castigada por el sol y su pelo, que había sido oscuro alguna vez, había perdido su color. Por fin, Isabela se encontró frente a Amarco y le abrazó. Por supuesto, Amarco no la reconoció e Isabela tuvo que explicarle su propia historia y que su nombre era Andrés. Fernando y yo nos mantuvimos a unos metros. Desde ahí podíamos ver como

Isabela apenas podía articular las palabras. Nunca había visto a nadie llorar así de felicidad. Mientras la escuchaba, Amarco iba preguntando todo tipo de dudas que le surgían. Por fin su vida tenía sentido, había encontrado a su madre. Su perplejidad se iba transformando en emoción y alegría. Yo diría que en ese instante no había personas más felices que ellos en todo el mundo. Miré a mi izquierda y vi a Fernando secándose las lágrimas contagiado por la situación. Él también lo había pasado muy mal por la persecución que recibió desde el día del accidente y después de 9 años de amenazas y coacción se cerraba esa puerta. La conversación entre Isabela y Amarco se alargó hasta el anochecer. Ellos tenían muchas cosas de las que hablar, así que nosotros esperamos sentados. La noche era preciosa, la luna se reflejaba en el mar e iluminaba la arena roja volviéndola color violeta. En ese momento metí la mano en mi bolsillo y saqué la foto de Andrés que me había dado Isabela en el aparcamiento de la universidad. Me quede observándola durante unos minutos. Había algo en la foto que no me terminaba de encajar. Algunos rasgos y sobre todo los 3 lunares que tenía Andrés bajo la oreja izquierda en la foto lo delataban. “¡Joder, no es él! ¡Él no es Andrés!” pensé. Amarco era desconcertantemente parecido a Andrés, pero sin lugar a duda no era él. Traté de mantener la cabeza fría. No quería que Fernando se percatara de mi angustia. Valoré las posibilidades que tenía y tomé una decisión. Lo hice. Cogí la foto y la rompí por la mitad y luego cada mitad por su mitad y, sin que nadie se diera cuenta, la tiré. El viento arrastró los pedazos hasta el océano Atlántico, donde sigue y seguirá descansando el cuerpo de Andrés para siempre. No les dije nada, ni siquiera a Fernando. Al fin y al cabo... ¿Y qué más da que Amarco no sea Andrés? ¿Acaso no es más importante la felicidad de Isabela y de Amarco? Para mí, una chica de 23 años, realmente sí.